

Borges cuentista de fogón

Marta Spagnuolo

El 21 de octubre de 1957 Borges le cuenta a Bioy que días atrás asistió a una conferencia de Carmelo Bonet –profesor uruguayo radicado en la Argentina, muy prestigioso por entonces en el ambiente académico–, cuyo tema era la estancia en la literatura. Como ejemplo –dice Borges–, el conferencista empezó con *Ramón Hazaña*, de Eduardo Acevedo Díaz (h.).

Al llegar a este punto, el lector se apronta para el desuello: se trata de otra de las novelas criollas de aquel Acevedo Díaz que quince años atrás, con su *Cancha Larga*, recibió el Premio Nacional de Literatura de manos de un jurado que se negó a premiar *El jardín de senderos que se bifurcan*, hecho que, en el contexto de las pasiones ideológicas enfrentadas durante Segunda Guerra Mundial, convirtió al premiado en chivo expiatorio del grupo de *Sur*.

Para colmo, al continuar leyendo, vemos que la tal *Ramón Hazaña* tiene la mala suerte de venir pegada a la imagen que, cierta o no, Borges tiene de Bonet: la del petulante académico que le produce una indisimulada irritación:

Si uno de sus discípulos la hubiera presentado [la conferencia] como tesis, el mismo Bonet lo aplaza. Empezó con la estancia *baguala* y *chúcara* (usaba estas expresiones excesivamente criollas y, para mostrar que sabía ortografía, distinguía las ces de las eses; yo creo que nunca nadie usó esas palabras, salvo Acevedo Díaz [h.], en *Ramón Hazaña*, su novela de la estancia baguala y del gaucho chúcaro: ya es demasiado). (*Borges* 380, subrayados en el texto).

Y a pesar de todo eso, no sale tan chamuscada cuando Borges se despacha con una de sus cómicas arbitrariedades:

Como ejemplo de la estancia *chúcara* quizá debería haber tomado alguno contemporáneo de la estancia. En Ascasubi, en *Los mellizos de La Flor*, creo que hay dos descripciones de estancias; también hay una en Echeverría. Bonet, en cambio, habló de *Ramón Hazaña*, una de tantas novelas de gauchos que aparecieron después de *Don Segundo*. Debería haber ido a buscar un ejemplo un poco más lejos: *Ramón Hazaña* es de 1927 o 1929. En cuanto al título, parece que lo explica así: el gaucho se llamaba Ramón Sandoval –fijate, un nombre rimbombante, que sugiere ascendientes entre los conquistadores– pero le decían *Hazaña* por sus hechos, como si lo llamaran *Proeza*. En general, los gauchos se llaman de otro modo: el Chumbiado, o algo así. Después mencionó a Benito Lynch. Le objetó que sus libros tengan una visión evocativa. Entonces, ¿qué decir de Acevedo Díaz, que habla de las estancias más primitivas? (380)

Veamos los puntos que desafía a revisar esta mezcla de mentiras, *boutades* y alguna verdad:

–Las dos palabras que Borges cree que “nunca nadie usó, salvo Acevedo Díaz”, el argentinismo “baguala” y el americanismo “chúcaro/a”, se vienen usando desde los tiempos de la colonia al actual. (Hoy *baguala* solo se usa como sustantivo, con otro significado, el de un género musical folklórico. Como adjetivo, es cierto que casi no resuena en el habla; pero sigue siendo familiar para los argentinos gracias a los dos versos de *Martín Fierro* convertidos en refrán: “hasta la hacienda baguala / cae al jagüel con la seca”). *Chúcaro/a* se mantiene vigente, con referencia al ganado vacuno, caballar y mular no desbravado, y muy frecuente endilgada a una persona socialmente huraña. Es palabra recurrente en nuestros criollistas, por nombrar algunos, Daireaux, Ayala Gauna, Güiraldes, y desde luego, Borges: “en los campos del Ñancay se hizo duro, lidiando con el monte y la hacienda chúcaro” (“La otra muerte”, en *El Aleph* [1949], (OC 574). Antes, la había usado varias veces como prosopopeya, v.g. “sueñera chúcaro”, “ese chúcaro

idioma nacional”, “nuestro atorrantito y chúcaro arrabalero” (*El tamaño de mi esperanza* 14, 135 y 138), “dialecto chúcaro y receloso” (*El idioma de los argentinos*, 149).

No obstante, es cierto que en *Ramón Hazaña* y más aún en *Cancha Larga*, de Acevedo Díaz (h.), se observan un vocabulario y unos giros rioplatenses más profusos y más arcaicos que en el resto de las buenas novelas criollistas escritas en la Argentina entre las décadas del 20 y del 40 del siglo pasado. De ello se alimenta la socarronería de Borges: solo Acevedo Díaz, para ambientar su novela evocativa de “la estancia baguala y el gaucho chúcaro”, al decir de Bonet, fue capaz de usar tantas antiguallas gauchescas como las que resucita Bonet para parecer sabio.

—Echeverría jamás describió una estancia, y Ascasubi, en el *Santos Vega* o *Los mellizos de la Flor*, solo describe una: la estancia de la Flor, en Chascomús. De la otra, la de los Milagros, cerca de Pergamino, no hay descripción. Solo sabemos que su caserío es “una especie de palacio”, con “todas las comodidades” y que tiene chacra y quinta abundantes y jardín con “árboles de toda laya”.

—El apellido Sandoval es común y bastante extendido en Argentina, y tanto puede sugerir ascendientes de conquistadores como de linyeras.¹ De hecho, el protagonista de *Ramón Hazaña*, mestizo de indio y blanca, concebido por violación y de condición moral nada noble, es “guacho” y no tiene apellido propio. Lleva el que el estanciero Leonardo Sandoval le dio a su padre indio, al que tuvo como agregado en la estancia. Como precedente literario, tenemos otro Sandoval, tampoco prestigioso. En Echeverría, Sandoval es el traidor que prende a Marco Avellaneda y lo entrega a los degolladores de Oribe. Cuando en el poema *Avellaneda* aparece el “hombre de figura siniestra”, la nota 1 del Canto III explica: “Este malvado era Sandoval, hombre de baja esfera y sin educación alguna, pero muy valiente. El general Lavalle lo hizo comandante de su escolta, motivo por el cual gozaba de cierta consideración en el ejército” (OC 440). Borges leyó *Ramón Hazaña*, como veremos, pero no sabemos si olvidó el origen del protagonista o si finge haberlo olvidado.

1 La palabra linyeras se usa en el habla popular en la Argentina para referirse a “vagabundos”. El Diccionario de la Real Academia Española (RAE), la define: “Del it. *Lingera* 2. m. y f. Arg., Bol. Y Urug. Persona vagabunda, abandonada, que vive de variados recursos”.

El apodo Chumbiado es raro en la Argentina, ya que no es término castellano sino portugués (ortografía *chumbado*, de *chumbo*, plomo y, por extensión, bala, balazo). En portugués brasileño actual, el *chumbado* es el borracho que apenas se tiene en pie. No obstante, en una de sus “Historias de jinetes”, Borges se refiere a “un gaucho al que le decían *El Chumbiao*”, partidario de Ricardo López Jordán. La historia que, según dice, “pertenece a la tradición oral de mi casa” (OC 152, cursiva en el original), fue sin duda heredada de su abuelo, el coronel Francisco Borges, quien en 1870 participó de la guerra contra el caudillo entrerriano. Inspirada en este personaje, el diario *Clarín* publicó, entre 1967 y 1969, una historieta con guion de Fermín Chávez y dibujos de Juan Arancio, titulada “El Chumbiao” (cf. Alabart, “Gauchos, montoneros y caudillos”).

Es cierto que el apelativo *Hazaña* para el gaucho de Acevedo Díaz, aunque elegido por el autor en sentido irónico, suena ajeno al modo criollo de apodar, artificial en un personaje que, por lo demás, es convincente en su bajeza moral. En este punto es de notar que, ya categóricamente, Borges habla como repitiendo a Bonet, como si él, Borges, no hubiera leído la novela: “En cuanto al título, *parece* que lo explica así” (subrayado mío).

En suma, la rimbombancia apuntada por Borges, ausente en la novela, se traslada al conferencista Bonet. La crítica a *Ramón Hazaña* –cierto arcaísmo en el lenguaje y tendencia a la evocación–, se limita a considerarla un producto anacrónico.

La diferencia entre Acevedo Díaz y Bonet es sustancial. Bonet es un hombre de letras que ostenta un conocimiento adquirido. Acevedo Díaz usa un lenguaje heredado y aprendido en el seno familiar y campestre. Y Borges lo sabe.

Esa conversación anotada por Bioy constituye la última vez, o al menos la última de la que se tenga registro, que Borges nombró a Eduardo Acevedo Díaz (h.). La anterior y única mención escrita, dentro de su obra, está en el cuento “El Aleph” (1945), en el que el relator se refiere a “los epítetos del doctor Acevedo Díaz”. Sintagma que, como ya lo he señalado (*Variaciones Borges* 48), concentra en su magnífica concisión toda la ironía y la comicidad del cuento, por cuanto alude a los manuales de geografía de Acevedo Díaz para la escuela secundaria y su relación con “La Tierra”, de Carlos Argentino.

Es de notar cómo la gracia con la que Borges se “vengó” del premiado autor de *Cancha Larga* en el concurso de 1942, contrasta de manera notable con los denuestos que le arrojaron algunos participantes del “Desagravio” en *Sur* (Soto 10; González Lanuza 18; Bioy Casares 22). Más allá de estilos, géneros, gustos e intereses de época, y aun en el supuesto de que en 1942 se considerase a sí mismo merecedor del Premio Nacional, Borges supo mejor que nadie que eran injustos. Así, lo hizo objeto de una broma blanda, semejante a la del cuento de “Abu Asán, el soñador despierto”, en el cual “está bien que el bromista sienta afecto por el embromado. Que la broma no sea hostil” (cf. *Borges* 831).

Ahora bien, si bien Borges no volvió a mencionar a Acevedo Díaz, no parece haberlo olvidado, pues lo cita, repetidamente, en las últimas décadas de su vida, en especial la de 1970. Pongo énfasis en aclarar que no hablo de charlas privadas con un amigo, como en el caso de las tenidas con Bioy (Borges no podía saber que Bioy las registraba y algún día las publicaría; o al menos, no con seguridad), sino de marcas textuales. Entendiendo aquí por texto no solo el escrito sino también el oral, paralelo a aquel y recogido por terceros, tejido por la misma mano maestra que obraba sobre el papel: conferencias, conversaciones, entrevistas, cursos, etc. que, a partir de cierto momento de su vida, Borges *sabía* destinados a la publicación y la lectura frutiva.

En realidad, leyendo “El Aleph”, hay buenas razones para pensar que, además de *Ramón Hazaña* (que fue premio municipal en 1932) y de *Cancha Larga*, Borges había leído muy bien *Argentina te llamas* (1934), tema que analizaré en otro trabajo.

Las observaciones anteriores no autorizan a afirmar que Borges admirase la literatura de Eduardo Acevedo Díaz (h.) pero tampoco que la desdeñara. Por otro lado, en sus escritos no hay, en lo que yo alcanzo, ninguna mención del padre homónimo, Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921), creador de la novela histórica en Uruguay y a quien sin duda también leyó, al menos parcialmente. Figura prócer de la literatura uruguaya, uno, hijo argentino del exilio paterno, el otro, tratándose de Borges, un casi oriental por sangre y por pasión, lo curioso no es que los leyera a ambos, sino que no los haya nombrado ni aun citándolos. De ello tenemos al menos tres testimonios, en una suerte de cuento de fogón repetido por Borges con algunas variantes.

El primero en 1971, durante un seminario organizado por el Programa de Escritura de la Universidad de Columbia. Se desarrolló en tres encuentros dialogados con estudiantes y profesores, en los que Norman Thomas di Giovanni ofició de interlocutor.

En una de las reuniones, Di Giovanni lee en voz alta el cuento “El otro duelo” y, alternadamente, Borges aporta comentarios y explicaciones:

DI GIOVANNI: ... *el jefe, herido de gravedad, se rindió. Ahí mismo, a su pedido, lo despenaron.*

BORGES: Creo que aquí puedo referirles una anécdota, no solo de gauchos, sino de gauchos e indios. Hubo un enfrentamiento más bien pequeño en la frontera occidental de Buenos Aires, y los indios pampas fueron derrotados. Sabían que serían degollados, y su jefe, o cacique, estaba malherido. A pesar de todo, se las rebuscó para acercarse al enemigo –las fuerzas del gobierno– y en un castellano quebrado dijo: “Mate, Capitanejo Payén sabe morir”. Luego, desnudó su garganta ante el cuchillo, y fue debidamente degollado. (*El aprendizaje del escritor*, intervención de Borges 26)

Con el título *Borges on Writing*, la transcripción de esos encuentros se publicó en libro en 1973, y en su edición intervino Di Giovanni, quien, desde 1967, estaba abocado a la traducción de la obra de Borges al inglés. En ese libro leemos: “and he said in broken Spanish, ‘Mate, Capitanejo Payén sabe morir’: ‘Kill, Captain Payén knows how to die.’ Then he bared his throat to the knife, and it was duly cut” (36).

Podría suponerse que Borges mismo traduciría al inglés, para sus oyentes, la frase puesta en boca del capitanejo que primero dijo en español. Sin embargo, no lo hizo. Fue Di Giovanni quien, mientras preparaba la publicación del libro, tuvo que traducir al inglés la frase que Borges había dicho *solamente* en español. Lo sabemos porque, al momento de traducirla, tuvo dudas y optó por comunicarse con Borges, hecho que este luego le contaría a Bioy, el 8 de abril de 1972:

BORGES: “Di Giovanni me llamó por teléfono para preguntarme cómo traducir la frase: ‘Mate: Capitanejo Painé sabe morir’. ¿Qué otra interpretación, además de la evidente, encontrás vos?”. BIOY: “Ninguna”. BORGES: “El gran traductor pregunta si el capitanejo Painé [sic] antes de morir no pidió un mate. Te das cuenta, qué animal. Madre, porque lo quiere a Di Giovanni, dijo que la frase en realidad era ambigua. Yo le pregunté a Fanny. Madre se puso furiosa: ‘Qué sabe Fanny de esas cosas’. Precisamente,

porque no sabe nada le pregunto”. BIOY: “Un extranjero puede cometer confusiones que nos parecen inconcebibles”. (1436)

Nunca sabremos que opinó Fanny. En cuanto a la opinión de Leonor Acevedo, por grande que fuera el respeto que Borges le profesaba a su madre, no parece haberla tenido en cuenta, al menos una de las dos veces en que volvió a contar este cuento.

Veamos ahora otra versión –posiblemente la segunda–, recogida por el historiador y ensayista mexicano Enrique Krauze una “tarde de marzo de 1979”, durante una visita hecha a Borges en Buenos Aires, en su casa de la calle Maipú. (Krauze la relató en distintas publicaciones; la que aquí cito corresponde a una nota aparecida en 2012 en *La Nación*):

Algo lo lleva [a Borges] a tocar uno de sus temas fundamentales: la valentía, la bravura. “Yo admiro mucho el valor”, dice. Sus anécdotas son esbozos de cuentos cuyo personaje central es un indio: un jefe charrúa que por años combatió junto con el general Rivera presencia el degüello de sus hermanos indígenas en una comida dispuesta por el propio Rivera. Antes de ser él mismo degollado, el charrúa pronuncia sólo tres palabras: “Cristiano matando amigo”. “El gerundio es perfecto”, apunta Borges. Otro indio llamado Payé [sic] robaba en las estancias de Buenos Aires. Es herido y sabe que va a morir. Cuando advierte la presencia de sus cazadores, pronuncia sus últimas palabras: “Mate, capitanejo Payé sabe morir”. (par. 3)

La que tentativamente ubicamos como tercera versión se encuentra en *El humor de Borges*, de Roberto Alifano. El libro apareció en 1996, pero el autor explica que allí recogió las charlas que ambos mantuvieron durante los años en que trabajó como asistente del escritor ciego (1974-1985). De modo que pudo haber sido referida en cualquier momento de ese lapso de once años.

Esta versión es uno de los relatos más hilarantes del libro. Por ello, me inclino a considerarla posterior a 1979, año de la entrevista con Krauze, cuando Borges, que siempre se divirtió indistintamente con lo humano y lo divino, ya octogenario, estaría más dispuesto a divertirse que nunca. Sin embargo, esto la alejaría demasiado de la fecha del relato hecho a Bioy sobre la consulta telefónica de Di Giovanni, el cual, fundado en el doble sentido de la palabra “mate”, sirve de base a esta versión. Por lo que no puede descartarse que haya sido la segunda. En realidad, tratándose de

Borges cuentista de fogón, es muy posible que, en un mismo día, un mismo cuento varíe de naturaleza según la laya del auditorio.

El caso recogido en el libro de Alifano es el siguiente: en una ocasión, este le pregunta a Borges si nunca fue tomador de mate. Borges dice que sí, que cuando era joven. “-Bueno, tomar mate era para mí una manera de sentirme criollo”, acota. Y tras repasar algunas experiencias de su etapa matera:

—¿Yo no le conté a usted lo que me pasó con di Giovanni? —comenta—. Bueno, él había traducido un libro mío al inglés. En uno de los relatos hay un indio que queda moribundo después de una batalla; se arrastra hasta el degollador y pide que lo terminen de matar. Dice así: “Mate, capitanejo Payé [sic] quiere morir”. ¿Sabe qué puso di Giovanni, en un llamado que hizo al pie del libro?: “Mate: infusión criolla que se succiona con un adminículo llamado bombilla”. A mí me parece asombroso que no se diera cuenta de que lo que pedía el indio era que lo mataran y no que le cebaran unos mates... No sé, era como si pidiera una cerveza Quilmes o una ginebra Bols. (38)

Mediante la operación de convertir la consulta telefónica de Di Giovanni en una “seria” nota al pie, desplazando así el protagonismo del capitanejo al traductor, el pícaro cuentista criollo transforma en cuento cómico aquel que contó muy en serio al auditorio y al visitante extranjeros, como un suceso típico de la violenta pampa salvaje. (Aunque Borges quizá a esta altura de su vida no la hubiera llamado “pampa” sino, de acuerdo con la mudanza del tiempo, “llanura” o simplemente “campo”, convengamos en que no hay otra palabra que iguale a pampa en el imaginario épico de la frontera.)

Interesa anotar las diferencias entre las tres versiones:

En la relatada en Columbia en 1971, la historia es *anónima*; se trata de una *anécdota* de un hecho real, conservada posiblemente por tradición oral (“hubo un enfrentamiento”).

La relatada al visitante mexicano en 1979, en realidad contiene dos historias: una situada en Uruguay (la insertada) y otra en la Argentina (la primigenia). Krauze da por sentado que el autor de ambas es el propio Borges, pero que aún no las ha escrito o están en proceso de escritura (*son esbozos de cuentos*). La actitud de Borges, al contarlas, ya no sólo es seria sino también analítica, apreciativa más que de los hechos, del lenguaje en que se expresan los indios en tanto hombres ya elegidos por la muerte.

En la relatada por Alifano el desparpajo de Borges es tal que, oblicuamente, se adueña de ella (en *un libro mío*), aunque, en rigor, sin explicitar que la historia sea suya. La ambigüedad basta para que el oyente dé por sentado que fue escrita por Borges.

En las dos primeras versiones, el verbo conjugado de la frase verbal es el mismo: Payé (o Payén) *sabe* morir”. En la tercera dice: “Payé *quiere* morir”.

Claramente, el cambio de “saber” por “querer” no es un desliz de la memoria sino una diferencia intencional, una travesura típica de Borges, para mejor achacarle a Di Giovanni el supuesto equívoco. Pues si Di Giovanni vaciló, no hay duda de que fue, justamente, por entender la imposibilidad de que el último deseo del capitanejo fuera tomarse un mate. Así, y sin tener en cuenta la puntuación –que sería lo principal que el oído del traductor no habría captado–, se produce un hipérbaton que hace más verosímil el embrollo sintáctico y semántico atribuido a la mente del gringo: “Mate capitanejo Payé quiere”. Reordenando la oración: “Capitanejo Payé quiere mate”. “Quiere tomar mate”, deduciría, asombrosamente, Di Giovanni. “Morir”, pingajo que el ofuscado traductor manotearía a último momento, terminaría rellenando, imaginariamente, el circunstancial de tiempo: “antes de morir”.

De todo ello se infiere el arraigo de esa frase del capitanejo en la “memoria de colodión” de Borges, como decía Alfonso Reyes de la suya propia. Memoria de algo leído, desde luego. Y lo que Borges había leído y no olvidado, lo que estaba citando cada vez que glosaba la historia del capitanejo, eran las palabras finales de un episodio de la novela *Ramón Hazaña*, de Eduardo Acevedo Díaz (h.). Lo resumo:

En 1875, una gran invasión azota el Sudoeste de la provincia de Buenos Aires y pone en acción al gauchaje para defender las estancias. El hacendado Leonardo Sandoval se dirige a Sierra de la Ventana con sus hombres. Tras una refriega con los indios, el grupo debe darse a la fuga. El gaucho Maidana viene retrasado e indefenso, con el caballo herido y con el asta de su lanza sin moharra. Un indio, armado de bolas y lanza, lo persigue de cerca. Maidana advierte que el indio, mientras lo alcanza, mira con codicia sus espuelas de plata. Entonces se saca una espuela, la arroja al pajal y el indio desmonta para recogerla. Maidana le da un talerazo en la cabeza y el indio, aturdido, cae en su poder. *Al sentir el filo del cuchillo sobre su cuello, murmuró con velada voz: –¡Mate!... Capitanejo Payén sabe morir.* (9; las cursivas indican cita textual)

Desde luego, Borges no podía desaprovechar el chiste al que naturalmente llama la homonimia, alguien recordará que a Borges no le gustaban los juegos de palabras. Nadie tiene el valor de desdeñar una ocasión “puesta”, ni siquiera Borges. Pero más allá del chiste, no hay duda de que admiró ese imperativo sin objeto directo (*mate*, no *máteme*), que convierte al verbo en intransitivo. El mínimo capaz de contener el reconocimiento del deber del enemigo: ejecutar la acción de matar, despersonalizándola. El yo vaciado, que allí es nadie y es todos, abandona su lugar y se desplaza a la tercera persona, para que el individuo, reintegrado, cumpla su deber de morir con honor. No con arrogancia, eso es lo más apreciable. Arrogante es Facundo, cuando, ante la muerte inconcebible, dice: “-No ha nacido todavía el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga” (240). Payén solo es valiente.

Pero justo es decir que Acevedo Díaz (h.) no acertó por sí mismo con la forma admirable, sino que la recibió como herencia paterna. (Recordemos que el padre era uruguayo y el hijo argentino.) Tan arraigada también en su memoria que, a más de diez años de haberla usado en su novela, se complace en recordarla en 1941, año en que publicó un libro dedicado a documentar y reivindicar la fragorosa vida política de su padre. Allí relata la participación de aquel en la sangrienta revolución de 1870 cuando, en su adolescencia, se incorporó a los blancos de Aparicio:

Solía él narrar sus sucesos [...] Este es uno de ellos: Por desacuerdo en la dirección de las operaciones, altercaron, delante de todo el ejército, su jefe, Timoteo Aparicio, y el coronel Pampillón. Exasperado, Aparicio picó el caballo para embestir a su subalterno. En lugar de aceptar la reyerta y de insubordinarse, Pampillón desgarró la chaqueta ofreciendo de blanco su pecho descubierto, y dio esta gran voz: ¡Mate, que mata a un blanco! Aparicio se contuvo y abatiendo la lanza, sentenció, absolviéndolo: -Sos guapo. (*Vida de batalla* 12-13)

Pero la forma, ¿la inventó Acevedo Díaz padre? No lo parece. El hijo resume un relato oral del padre, que cuenta algo que vivió. Y en el relato, lo único irresumible son las palabras dichas por los héroes. Sus voces memorables son las protagonistas.

Releamos ahora el otro “esbozo de cuento” relatado por Borges, transcrito por Enrique Krauze en su nota citada de *La Nación*:

un jefe charrúa que por años combatió junto con el general Rivera presencia el degüello de sus hermanos indígenas en una comida dispuesta por

el propio Rivera. Antes de ser él mismo degollado, el charrúa pronuncia sólo tres palabras: “Cristiano matando amigo”. (par. 3)

Desde luego, no ha de haber sido el gerundio en sí lo que Borges encontraba allí perfecto. En las películas, los cómics, los juegos infantiles, el gerundio siempre fue cosa obligada para “hacer de indio”. Lo cual no es invención pintoresquista. Ha sido documentado con abundantes ejemplos por todos los viajeros y cronistas de frontera. A tal punto fue típico entre los indígenas, que Estanislao Zeballos llamaba “castellano gerundiano” al español de contacto con el mapudungún en las fronteras bonaerenses (*La conquista* 317).

El patetismo está en la unión del gerundio con la palabra “amigo”, en que la acción de matar recaiga en ese objeto directo. El gerundio prolonga la incredulidad y el doloroso asombro ante esa realidad que no se quisiera reconocer: que la muerte esté llegando por mano de un amigo.

En este caso, el texto original, que Borges cita, es de Eduardo Acevedo Díaz padre. Se trata de un relato cuyo tema, ficcionalizado, es el hecho histórico de la matanza de los charrúas ejecutada por Fructuoso Rivera, primer presidente de la República del Uruguay, en abril de 1831 (episodio también conocido como Salsipuedes, por haber acaecido en la costa de ese arroyo, según algunos, mientras otros hablan de la costa del río Queguay Grande). De más está decir que el hecho real ha sido y sigue siendo motivo de uno de esos típicos enfrentamientos entre el llamado “revisionismo” y la llamada “historia oficial”. Aquí, lo que interesa es ver lo que acerca de ello escribió Acevedo Díaz. La extraordinaria popularidad de su relato hace que, de los textos que acerca del tema pululan en la red, muchos confundan detalles de la ficción con hechos documentados.

Acevedo Díaz publicó tres versiones del mismo asunto (1890, 1901 y 1911) y, en las tres, la frase citada aparece idéntica. La que Borges leyó probablemente fuera el relato “La cueva del tigre” (1901), muy difundido, que aquí resumo:

Los ganaderos orientales, aterrados e indefensos ante los devastadores malones de los charrúas, reclaman al gobierno que los proteja. El general Fructuoso Rivera, que ha tenido buen trato con los indios, concibe un plan alevé: les envía emisarios, invitándolos a la guerra contra el Brasil. Se les prometen uniformes del ejército, armas modernas y los mejores despojos del triunfo: ganado, tierras, oro, plata, mujeres y negros. Aceptan los

charrúas y se reúnen con las tropas de Rivera en el punto de cita: la costa del Queguay, frente a la cueva del Tigre. Los indios de lanza son trecientos, los soldados de Frutos Rivera, mil. Recelosos, los charrúas vacilan en acampar confundidos con el ejército de Rivera y se mantienen apartados. Pero Rivera llama al cacique Venado y se pone a conversar con él, haciendo marchar su caballo muy junto al del indio y llamándolo en voz alta de “amigo”. Su sobrino Bernabé Rivera [su hermano en la realidad], que nunca les ha mentido, brinda a otro cacique con un chifle de aguardiente. Confianza en tales agasajos, la hueste charrúa avanza y los guerreros echan pie a tierra. Rivera le pide al cacique Venado que le preste su cuchilla para cortar el naco [tabaco] y, al cogerla, saca una pistola y le dispara. Es la señal de matanza. Sorprendidos y rodeados, los charrúas montan, pero pocos sobreviven al ataque a lanza y plomo que desata el general Rivera. El cacique Pirú, al romper herido el círculo de hierros, le gritó al pasar, con fiero reproche: *Mirá Frutos tus soldados, matando amigos*. Los indios que lograron huir se vengaron más tarde, tomando prisionero a Bernabé. Con las moharras de sus lanzas cubiertas con piel de vaca, dejando solo a la vista las extremidades del hierro, lo lancearon por horas, acompañando el suplicio con gritos: *¡Queguay! ¡Venado! ¡Matando amigos!* Después, el resto de la tribu formidable desapareció para siempre. (6-7; las cursivas indican cita textual)

Cuando ocurrió la matanza, en 1831, ningún periódico contemporáneo registró que el cacique Pirú le hablara así a Rivera, ni con esas ni con otras palabras. Tampoco ningún libro que se refiriese al episodio, publicado con anterioridad a los textos citados de Acevedo Díaz. Entonces, ¿fue suya la poderosa invención?

No, y lo más probable es que no haya sido nunca una invención de la lengua escrita. El escritor la heredó de su abuelo materno, el brigadier general Antonio F. Díaz (1789-1869), quien, no habiendo sido testigo del episodio, a su vez la recibió de alguien que sí lo fue, cuyo nombre ignoramos. El general Díaz recogió luego el relato oral en sus memorias manuscritas, las cuales constituyeron la principal fuente de las ficciones históricas de Eduardo Acevedo Díaz.

Tanto le gustó al nieto ese hallazgo que ya antes, en su primera novela, *Ismael* (1888), lo introdujo como a la fuerza. Porque la novela transcurre en los tiempos de Artigas, unos veinte años antes que el exterminio de los charrúas. Pero como el narrador es omnisciente, no solo sabe lo que ocurrió en el pasado y lo que ocurre en el presente, sino también lo que ocurrirá en el futuro. Así, del charrúa Tacuabé, baquiano a las órdenes de un entonces joven Fructuoso Rivera, Acevedo Díaz dice que pertenecía “a la misma raza

indómita, cuyos últimos guerreros al escapar chorreando sangre de la manzana de la Cueva del Tigre, veinte años después habían de decir al caudillo impasible y entonces prepotente: –¡*Mirá Frutos, matando amigos!* –para perderse en las selvas del norte...” (215).

Ahora bien, Borges, al citar a ambos Acevedo Díaz, desde luego no ignora de qué textos está tomando cada cita. El hecho de que, al contar esos cuentos a sus oyentes, no mencione a los respectivos autores puede parecer una injusticia, pero no tacharse de plagio. Ello no por tratarse de citas orales, ya que, expresa o tácitamente, Borges autorizó las publicaciones. Pero por otra parte, como vimos, en ninguno de los tres casos declaró que lo relatado fuera de su invención, aunque en uno lo dejó entrever.

Lo más importante de observar es que el tratamiento de las citas no responde a la piedra de toque de su obra, tan rica en correspondencias intertextuales. Es decir, en estos casos, las citas no están puestas como acicates para que el lector (aquí el oyente) emprenda la aventura de reconocer o descubrir a qué obra, a qué autor, a qué motivo literario, o histórico o cultural, ya elaborado por la escritura, alude cada una de ellas. Al contrario, queda borrada la idea de que provengan de algún texto escrito. La impresión que da el narrador Borges es que se trata de acontecimientos reales que alguna vez, por alguna vía imprecisa, llegaron a su conocimiento.

A tal punto el oyente descarta que sean citas de un texto ajeno, que, como vimos, Krauze llega a imaginar que Borges se está citando a sí mismo, a sus “esbozos de cuentos”. Cuentos que, presumiblemente, Borges escribiría algún día a partir de esas historias que alguna vez oyó contar. O que él mismo había inventado y estaban en proceso de escritura. O, en caso extremo, como el mítico Borges todo lo puede, que iría inventando a medida que las contaba.

En suma, tal como Don Segundo contando el cuento de Miseria y el Diablo, Borges repite las dos historias, la del capitanejo Payén frente a la muerte, y la del cacique Pirú ante la traición de Rivera, como si se tratara de literatura folklórica: anónima, oral, tradicional en tanto heredada, y sujeta a variantes, tanto por las modificaciones debidas a la oralidad como por considerársela un bien común.

En las mismas versiones reelaboradas por Borges que repiten sus oyentes se percibe, iniciándose, el proceso de folklorización propio de la transmisión oral. En esa repetición, obsérvese, por ejemplo, que el nombre

del capitanejo, que en el original de Acevedo Díaz (h.) es *Payén*, se conserva inalterado en la traducción de Di Giovanni, sometida al rigor académico, pero no en la notación de los otros oyentes.

En Bioy Casares, *Payén* se transforma en *Painé*, y en Krauze y en Alifano muta en *Payé*.

Por tratarse de un caso documentado y que no pasó de incipiente, se puede deducir la causa de la alteración del nombre en cada una de las dos ocurrencias: en el oído de Krauze y de Alifano resuena la gran popularidad, adquirida en gran parte por las canciones paraguayas y las argentinas “litoraleñas”, del término guaraní *payé* (hechizo maléfico o benéfico). En cambio, para un buen conocedor de la historia y la literatura argentinas como Bioy Casares, familiar es el nombre *Painé*, perteneciente al protagonista del clásico de frontera *Painé y la dinastía de los Zorros*, de Estanislao Zeballos. *Painé*, famoso cacique de los ranqueles, fue el padre de Mariano Rosas, principal personaje de *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla.

En suma, cuando Borges cita a los Acevedo Díaz, padre e hijo, aunque lo sabe, parece no recordar que lo que cita es obra escrita y firmada. No tenemos seguridad de si estuvo o no realmente informado de que ambos autores, como vimos más arriba, no crearon esos modos expresivos que él reproduce sino que los recibieron ya “hechos” por tradición oral. Pero no me parece aventurado creer que Borges, quien, como Acevedo Díaz (h.), recibió de sus mayores toda la tradición oral rioplatense del siglo XIX, lo sabía por propia percepción.

Pablo Rocca, en su artículo “Historia de una pasión uruguaya”, señala que Eduardo Acevedo Díaz, el padre, “es el resultado de una larga combinatoria de matrimonios trenzados en cuatro generaciones patricias [...] Por el lado que fuere y en el bando político que sea, estos lazos de sangre siempre lo vinculan a la clase dirigente en las dos márgenes del Plata” (par. 8). En la construcción de la “novela familiar” del escritor, participa toda la historia oriental. Y en su contacto con la parte de esa historia que él no vivió, el gran mediador fue su abuelo, el brigadier general Antonio F. Díaz, héroe del Uruguay y de su nieto. Soldado, político, periodista, el general Antonio Díaz peleó todas las guerras de la patria, las de la Banda Oriental y las del Uruguay independiente, y participó en las luchas internas entre blancos y colorados. Era una suerte de testimonio viviente de la historia del Uruguay. De las mismas memorias que se nutrió su nieto se valió también

Antonio Díaz (h.) (1831-1911), tío de Eduardo, para escribir el libro *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata*, publicado entre 1877 y 1879, una de las obras fundantes de la historiografía uruguaya.

En cuanto al argentino Eduardo Acevedo Díaz (h.), sumó a esa misma herencia del bisabuelo y del tío abuelo, la de su propio padre, en sí mismo una leyenda romántica. Combatiente de tres revoluciones, Acevedo Díaz (padre) se pasó casi toda la vida alzando no solo las armas sino también la palabra en la tribuna política, en la prensa, en los libros, retornando a la lucha en la otra banda después de cada exilio en la Argentina. Y así lo conocieron, mientras crecían, sus nueve hijos, que con su madre quedaban esperándolo en su casa de Dolores o en la estancia materna de los Cuevas, en lo profundo de la provincia de Buenos Aires. Allí Eduardo, el hijo escritor, casi veinte años mayor que Borges (nació en 1882), también absorbió la épica de la frontera y la potente cultura criolla de los campos bonaerenses del sur.

Tratándose de Borges, equivalentes a lo que fueron para los Acevedo Díaz sus antepasados, fueron para él su bisabuelo materno, el coronel Manuel Isidoro Suárez, y su abuelo paterno, el coronel Francisco Borges. Aunque ya muertos cuando el escritor nació, tuvo por mediadores a su madre, su padre y su abuela inglesa, harto efectivos, como bien sabemos.

Las luchas partidarias hubieran hallado en bandos contrarios a esos antepasados de Borges y de los Acevedo Díaz, salvo en la última etapa de la vida de Acevedo Díaz padre, en la que tuvo razones para abrazar otras convicciones. Mientras los integrantes del principal tronco familiar de los Acevedo Díaz habían sido blancos (equiparables a los federales en la Argentina), los antepasados de Borges fueron unitarios (como los colorados en Uruguay). Pero todos vivieron un pasado común de combates y exilios, en una y otra banda de un río que, lejos de separar dos países, obró siempre como vínculo en la entrelazada historia de ambos. Todos hablaron un común idioma de arraigado cuño criollo, según la gravitación de lo heredado se manifiesta en las obras de sus nietos y bisnietos escritores, pese a los diferentes estilos de cada uno y a las diferentes tendencias según las épocas.

Recordemos que Borges dijo que en *Ramón Hazaña* había palabras que solo usaba Acevedo Díaz (h.), observación que, aunque adrede exagerada, tenía visos de verdad. Sin embargo, acaso ella deba interpretarse menos

como un reproche que como una complacencia en ese gusto antiguo, a juzgar por los tantísimos años que la memoria de Borges guardó esas frases pasadas del abuelo al padre, del padre al nieto.

Esa suerte de rumor ancestral de un lenguaje entrañable y de resonancias estéticas, ese apego afectivo a un lenguaje heredado, acaso sea el punto afín de Borges y los Acevedo Díaz, aunque sus respectivas obras difieran como totalidad, en especial a partir del momento en que Borges se esfuerza por desterrar el criollismo.

Marta Spagnuolo
Goiânia, Brasil

OBRAS CITADAS

- Acevedo Díaz, Eduardo. *La cueva del tigre*. SAGA Egmont, 2021. 1st ebook edition.
- . *Ismael*. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos Vol. 4, 1985.
- Acevedo Díaz, Eduardo (h.). *Argentina te llamas*. Buenos Aires. Distribuidor: Juan Carlos Brioso, 1936.
- . *Cancha Larga*. Buenos Aires: Ediciones Meridion, 1958.
- . *Ramón Hazaña*. Buenos Aires: Librería El Ateneo, 1932.
- . *La vida de batalla de Eduardo Acevedo Díaz*. Buenos Aires: El Ateneo, 1941.
- Alabart, Mónica. “Gauchos, montoneras y caudillos: una interpretación a través de la historieta El Chumbiao, de Fermín Chávez y Juan Arancio”. *Folia Histórica del Nordeste* 24 (2016): 11-34.
- Alifano, Roberto. *El humor de Borges*. Buenos Aires: De la Urraca, 1996.
- Ascasubi, Hilario. *Santos Vega o Los mellizos de La Flor. Antología de la poesía gauchesca*. Ed. Horacio Jorge Becco. Madrid: Aguilar, 1972. 129-473.
- Bioy Casares, Adolfo. *Borges*. Edición al cuidado de Daniel Martino. Buenos Aires: Destino, 2006.
- Borges, Jorge Luis. *El aprendizaje del escritor*. Trad. de Julián Ezquerro. Madrid: Editorial Debate, 2015.
- . *Borges on Writing*. Edited by Norman Thomas Di Giovanni, Daniel Halpern, and Frank MacShane. New York: E. P. Dutton & Co., Inc., 1973.
- . “Historias de jinetes”. *Evaristo Carriego. Obras completas. 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1974.
- . *El idioma de los argentinos*. Madrid: Alianza Editorial, 2002.
- . *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974.
- . *El tamaño de mi esperanza*. Madrid: Alianza Editorial, 2002.
- “Desagravio a Borges”. *Sur* 94 (1942): 7-34.

- Echeverría, Esteban. “Avellaneda”. *Obras completas de D. Esteban Echeverría*. Vol. 1. Comp. Juan María Gutiérrez. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo, 1870. 283-439.
- Krauze, Enrique. “Una tarde con Borges”. *La Nación* 15 de septiembre de 2012.
- Rocca, Pablo. “Eduardo Acevedo Díaz: Historia de una pasión uruguaya” (I). *Henciclopedia*. <http://www.henciclopedia.org.uy> › AcevedoDiazI
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. 23.ª ed. Madrid: Espasa, 2014. <<https://dle.rae.es>>
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1963.
- Spagnuolo, Marta. “Carlos Argentino Daneri-Eduardo Acevedo Díaz, persona bicéfala en ‘El Aleph’”. *Variaciones Borges* 48 (2019): 53-77.
- Zeballos, Estanislao. *La conquista de las quince mil leguas*. Buenos Aires: Librería Hachette, 1958.